

LITERATURA | POESIA | CRÍTICA | PASSIÓ

La superficie del todo

Roberto Calasso.

El cazador celeste.

Anagrama, 491 p.

LORENZO PLANA

Nuevo fabuloso y preciso estudio del gran maestro italiano

Hay creadores que logran revelar su autenticidad desde su pasión por el hermetismo. Se topan con su propia rareza. Geoffrey Hill, el singular poeta británico, pertinaz ejemplo de introspección afortunada, dejó escrito: “La humareda / de hogueras inocentes me enturbia los ojos. / Con esto basta. Es más que suficiente”. En las antípodas de estos versos, Roberto Calasso no cesa de encontrar fuentes iluminadas, transparentes lagunas plateadas. Sus ensayos parecen expandirse en la luz. Sin embargo, esa tersura encendida no implica que los reflejos de su escritura se olviden del claroscuro, de los rincones opacos, de la férrea profundidad. Calasso escribe, no obstante, sobre una superficie lisa. Él sabe que esa es la manera óptima de transmitir su sabiduría: irrumpe en el lector del modo más sosegado y sencillo. La grandeza de Calasso tiene algo de juego. Nietzsche se dio cuenta de que a los griegos, más que el arduo intelectualismo que apareció con Sócrates, lo que les fascinaba era la superficie, el rozar una piel, cierta frivolidad. Reivindicaban el arte de lo superficial. Tal vez Geoffrey Hill logra mediante su abstrusa complejidad pinchar al lector con alfileres misteriosos. Al leer a Roberto Calasso nos dejamos conquistar de otra forma: nada duele, hay esperanza. Su último libro, *El cazador celeste*, tiene algo de resumen, de summa. Aquí todo su amor por los griegos, por las civilizaciones que les precedieron, por el fulgor desesperado de la Modernidad, retrata a una Humanidad fascinante. Ahí tenemos a Baudelaire, quien busca desasosegadamente que su mal se transfigure en un valor positivo y salvífico, ahí tenemos al Antiguo Egipto, que evalúa en su inmovilismo otra salvación. El seductor protagonista de este libro es el propio enigma del hombre, que nos dirige una audaz mueca de complicidad a través del saber, la erudición y las aperturas de sentido de Calasso, quien jamás pretende avasallarnos. Toda su teoría sobre la importancia de la caza como fundadora de la identidad del ser humano llega impoluta hasta el mismo Henry James: la institución del matrimonio conserva la mimesis con la cinegética.

Al relatarnos la edad mítica de los héroes, al recalcar la diferencia entre los dioses y lo divino, guarda una distancia que es claridad. También, cuando señala la actualidad de los Misterios griegos, todo lo que tienen aún que enseñarnos los ritos de iniciación en Eleusis. “Eleusis guarda secretos para quienes regresan a ella”. Palabras de Séneca que transmiten lo esencial sobre el santuario próximo a Atenas. Roberto Calasso es otra suerte de santuario. Su respiración es la de la calma. Leerle es darle otra oportunidad a la magia. Nada tan alejado del embrollo, nada tan distante del barullo. Gracias a una máquina procelosa que no deja de ser la curiosidad revestida de paciencia y mimo, este estudioso del hombre como totalidad nos confiere cierta confianza. El círculo queda cerrado y abierto al mismo tiempo. Todo gran maestro sabe que a la hora de las grandes verdades hay que tratar con la superficialidad. Tal vez como método. Tal vez como defensa ante el abismo. Los griegos, como bien se percatara Nietzsche, fueron los fundadores de ese sentir oceánico del que podemos aprender al contemplar la palma de la mano. ■

Aquest text es va escriure abans de saber la mort de l'autor Roberto Calasso